

EL MARQUÉS DE CUSTINE EN ANDALUCÍA. (III)

José Luis Cano

Hijo de Philippe de Custine y de Delphine de Sabran, que fue un tiempo la amante de Chateaubriand, Astolphe de Custine nació en Francia, en el castillo de Nidervillers, el 18 de marzo de 1790. Su niñez fue nerviosa y sensible, a lo que contribuyó sin duda el que no tardó en descubrir los frecuentes amores de su madre, antes y después de que el padre de Astolphe, el general Philippe de Custine, cayera bajo la guillotina revolucionaria. El gran amor de la bella y sensual Delphine de Custine fué, sin duda, Chateaubriand, pero no era éste el único que gozó de sus encantos. Entre sus amantes se cita también a Fouché, al general Beauharnais y al general Miranda, quien mientras trabajaba en París por la libertad de Venezuela, aún le quedaba tiempo para conquistar a las más bellas damas de París.

El joven Custine tenía sólo veinte años cuando, acompañado de su madre, comenzó a viajar. En 1811 visitó Suiza, y al año siguiente Italia, que fué, para su imaginación sensible, un deslumbramiento. Dos años después se hallaba en Viena, formando parte de la delegación francesa que presidía Talleyrand en el famoso Congreso. Allí conoció a un joven alemán -del que sólo sabemos su nombre: Wilhelm- por el que sintió una intensa amistad, que pronto se convirtió en pasión. Desde entonces fueron inútiles los intentos de Delphine para que su hijo encontrara esposa. Astolphe rechazaba, una tras otra, a las candidatas que le proponía su madre, entre ellas Albertine de Staël, hija de Madame de Staël. Un compromiso con Claire de Duras se rompió a los pocos días de la petición de mano. Una nueva amistad-pasión del joven Custine, esta vez con el conde de La Grange, obligó a Delphine a intervenir enérgicamente y a decidir el matrimonio de su hijo. El 15 de Mayo de 1822, Astolphe de Custine contraía matrimonio con Leontine de Saint-Simon, trece años más joven que él, y al año siguiente la joven esposa daba a luz un niño. Pero la paternidad no impidió a Custine seguir sus especiales inclinaciones y emprender nuevos viajes. En Junio de 1822 salió para Inglaterra, acompañado de un amigo íntimo, Edouard Sainte-Barbe, un joven inglés del cual no se iba a separar ya hasta su muerte. Con él visitó Suiza, Alemania, Italia y España. Sus impresiones del viaje español las reunió en su libro "*L'Espagne sous Ferdinand VII*" (1838). Este viaje a España, acompañado de Sainte-Barbe, fue el más feliz que realizó. Durante cinco meses, de los cuales cuatro transcurrieron en Andalucía, visitaron Córdoba, Sevilla, Ronda, Granada, Cádiz, Tarifa, Algeciras, Málaga y otras poblaciones andaluzas, pasando luego a Gibraltar y a Tánger, para gustar algo de su sabor árabe. Custine buscaba en España, como todos los viajeros románticos, lo pintoresco y lo poético, y lo halló con creces en Andalucía.

Traduzco aquí unas páginas de su paso por el sur de España:

3ª Parte. TARIFA. (CARTA A MISS BOWLES).

Tarifa, 1 de junio de 1831

El verdadero paisaje español es el desierto: triste, pero con frecuencia de una grandeza incomparable. Esta naturaleza es siempre poética y majestuosa, más que bella. Se piensa, se llora, se admira, se vibra, pero jamás se aburre; aunque también jamás se sonríe. Hay un género de insulsez como una clase de gracia en los lugares que no pertenecen sino a los países muy cultivados... nada semejante encontramos aquí. Lo que caracteriza al aspecto del campo en las diversas provincias españolas que yo he recorrido, es la ausencia o al menos la rareza del hombre y de las obras del hombre. Desde los páramos montuosos y los valles pedregosos de la vieja Castilla hasta las estepas floridas de Andalucía, un viajero puede contemplar toda serie de soledades: son paisajes dignos de la poesía de Jeremías, de Ezequiel y de David. Todo aquí es bíblico; es un país que hubiera podido servir de refugio a los profetas del Antiguo Testamento. Veo ante mí los lugares de los salmos y de las lamentaciones.

Hay algo de sublime en el silencio, en la desnudez, en la desolación de las costas de Tarifa. Esta villa, la última que los árabes disputaron a los cristianos, está situada en la punta más meridional de Europa, sin exceptuar, creo, el cabo de Matagorda. El fuerte Santa Catalina, que se eleva en la puerca de Tarifa, marca el lugar donde el Estrecho de Gibraltar es más angosto: desde esa punta hay tres leguas en línea directa hasta la costa africana, que puede contemplarse tan nitidamente hasta poder ver terrenos cultivados. Esta designación de Costas de África sólo presenta al espíritu la idea de una tierra enemiga del hombre social y poblada de naciones no civilizadas; y sin embargo a la vista, esa tierra de bárbaros ofrece un aspecto majestuoso.

En un tiempo como el que hace largo, el Estrecho semeja un estanque azul, azul hondo como una copa de turquesa o de lapis-lázuli. Ese estanque termina al pie de las

montañas de la Barbarie, cuyos contornos son ásperos pero pintorescos, y los colores incomprensibles. Es una naturaleza maravillosa, como los cuentos de hadas inspirados por ella.

No conozco el Oriente y quizá por eso suelo confundirlo con el África que yo veo. Os ruego, pues, que esteis persuadida de que la Barbarie y la Arabia se parecen hasta confundirse. Si me pedís en qué fundo esta opinión os contestaré que ésta es una de las necesidades actuales de mi imaginación.

De un lado contemplo la abertura del Estrecho de Gibraltar, del otro el comienzo del mar Mediterráneo. El Océano y este mar, todo puedo verlo. La entrada del Estrecho o el fin, según el punto de vista con que lo contemplo, está marcada del lado de España por una punta de tierra arenosa. He aquí todo; pero sobre esta costa de África puedo distinguir la bahía de Tánger: una larga cadena de montañas escalonadas, la más alta llamada el Monte de los Monos. En fin, la célebre roca de Ceuta, hoy llamada la punta de África, y que en la antigüedad se llamaba Abila, era una de las columnas de Hércules: la roca de Calpe, hoy Gibraltar, era la otra. No la puedo ver ahora, pues queda oculta para mí por la punta de Tarifa, pero la veré mañana, si Dios quiere y los bandidos... ¡Qué paisaje! Yo he podido admirar otros tan bellos, pero no tan grandiosos. Y el efecto moral, si puede hablarse así, es aún más asombroso que el aspecto físico. Aquí no son necesarios los ojos para sentir lo que no se experimenta en ninguna otra parte. No falta sino saber dónde se está y repetirse los nombres de los lugares que le rodean a uno. Porque hay palabras que suplen toda cosa. Por otra parte, en Andalucía, las cosas están al nivel de las ideas a las cuales se ligan. Recuerdos aparte, todo viajero sensible a las bellezas de la naturaleza será aún más deslumbrado de admiración ante este mar que une a dos mares y separa a dos continentes.

Los barcos que yo veo esta mañana atravesar el canal pasando del Océano al mar Mediterráneo, iban empujados con una velocidad mágica por un viento del Oeste, enviado con toda intención para refrescar el aire en los

momentos del más intenso calor del día. Estos navíos semejan a mensajeros encargados de llevar a toda velocidad noticias de un mundo al otro. Yo me creía ya lejos de la tierra. Viajar aquí es más que vivir, es casi morir.

Esto para la imaginación; he aquí para la realidad: mientras los navíos veloces, cuya libertad yo envidiaba, se alejaban por un mar azul que ellos hendían tan rápidos como el rayo hiende la nube, yo avanzaba por una playa ardiente cuya aridez me deslumbraba. Apretaba a disgusto mi montura fatigada que se hundía a cada paso en las arenas movedizas: hombres y caballos, todo lo que formaba parte de nuestro modesto cortejo, se resentía de las dificultades del camino. Sin haber reflexionado mucho en lo que hacíamos, acabábamos de escapar de algunos peligros durante nuestro largo caminar por el semidesierto, donde es fácil extraviarse, e incluso perecer entre Cádiz y Gibraltar. Es un país donde los pantanos alternan con los páramos, donde parece que la tierra produce bandidos como rosas y cardos. Hay que venir a España para conocer la variedad y la belleza de esta última planta. Los cardos de España son los más bellos que yo he visto.

Antes de haber recorrido esta parte de Andalucía, tenía más deseos de ir a África. Ahora estoy persuadido de que no percibiría apenas el cambio. Al salir de Cádiz, hemos navegado cuatro leguas hasta Chiclana, y de Chiclana a Tarifa dieciséis leguas a caballo. En total once de España. En esas dieciséis leguas no hemos encontrado más que tres o cuatro casas. A decir verdad apercibimos de tarde en tarde algunas villas ocultas en la soledad bajo nombres ilustres: Medina-Sidonia es una de ellas; pertenece al duque que le da su título, y corona una montaña de la que parece formar parte, de tal modo el color de sus casas se confunde con el de las rocas que la soportan. Muchas gentes se retiran allí para respirar un aire más puro y menos ardiente que el de Cádiz.

A cuatro leguas de Chiclana encontramos la Venta de Vejer, lugar aislado y desolado, al que llegamos después de las once de la noche.

Habíamos sido retardados en medio de un bosque por un caballo de carga, que se espantó, se encabrió, lan-

zo todos nuestros paquetes unos tras otros en breñas de lentiscos esparcidos bajo un oquedal de encinas verde claro. Este animal, tan pronto se sintió liberado de su carga, de su freno y de sus cascabeles que él había rechazado a fuerza de sobresaltos, volvió a su cuadra con toda la velocidad del galope de un caballo andaluz. Estábamos entonces a una legua y media del punto de partida, y dudábamos sobre qué es lo que nos convendría hacer: quedarnos a guardar nuestros paquetes y esperar que uno de nuestros muleteros fuese a buscar su caballo trayéndonos otro nos parecía lo más razonable. Sin embargo ello nos obligaría a volver sobre nuestros pasos para dormir en Chiclana, y en un país tan poco seguro, un retardo de dos horas, o más bien un retardo de una noche, puede tener consecuencias fatales.

Estábamos considerando el asunto cuando un aldeano de Vejer vino a pasar con su asno. Venía como nosotros de Chiclana y retornaba a su casa. Nos había visto partir de en medio de la plaza pública de Chiclana, donde el paso de un extranjero es un acontecimiento; conociendo al caballo que se nos dió para llevar nuestras maletas, había predicho nuestra desventura, y se había decidido, nos dijo, a apresurarse en su partida con la esperanza de ayudarnos en el camino. Creímos en las palabras de ese hombre, que nos propuso volver a cargar la parte más grande de nuestro equipaje en su asno. Aceptamos el ofrecimiento del aldeano, quien cogió nuestros más grandes paquetes, y nosotros nos acomodamos en nuestras monturas, atando como pudimos los sacos, cestas y maletas a los pomos de nuestra silla de montar. Dimos la orden al más rápido de los muleteros de volver a Chiclana a buscar otro caballo, que él nos llevaría esa misma noche a la Venta de Vejer. La impasibilidad española, que equivale a la lentitud alemana, había convertido en difíciles esos acuerdos, y el corto paso del asno acabó retardándonos. Y así perdimos por lo menos dos horas a causa de los animales y los hombres.

La villa de Vejer está edificada sobre una altura, o mejor sobre una montaña que domina un desfiladero por donde corre un río. Es en medio de ese desfiladero, y cer-

Documento

ca del río, donde se encuentra la Venta objeto de nuestros deseos. El dueño de la Venta está ahora en la cárcel. Se dice que él era no solamente cómplice de los bandidos que asolan la región sino el jefe de su banda. El otro día fueron detenidos dieciséis de ellos en la Venta, en el patio mismo de la casa donde habíamos dormido. Cuatro de ellos acababan de ser colgados en medio de la Plaza Pública de Vejer. Es en la guarida medio vacía de esos bandidos donde fuimos a buscar un asilo para la noche. Ese lugar tan temido por otros viajeros como deseado por nosotros, se compone de un patio degradado, cuya entrada está cerrada por una torre morisca con una campana de alarma; dos de los lados están cerrados por murallas góticas de gran elevación y al fondo se situaba la posada para los viajeros. Es allí donde tomamos posesión de cuatro muros y dos o tres grabados. El patio que acabo de describirnos semeja perfectamente el interior de una prisión. Tal albergue parecía más favorable al asesinato que al sueño; se habría degollado allí a todo el que se encontrase, y ningún grito habría alcanzado a una oreja humana. Yo no contemplo como un ser humano a la vieja viuda del bandido, patrón de esta casa; viuda aunque su marido vive aún, pues según nuestros muleteros, no escapará al poder que le espera pasado mañana. La tal viuda nos ha recibido con cuatro grandes mozos de veinte a veinticinco años que son sus hijos, y que, según su aspecto, me parecieron muy capaces de continuar con éxito el oficio de su padre. Ellos mantendrán la reputación del lugar.

A las tres de la mañana abandonamos esta guarida con el nuevo caballo de carga que se nos había traído durante la noche. Nos costó bastante trabajo abrir las puertas de esta fortaleza de asesinos. La madre dormía, los hijos se negaban a darnos las llaves; en fin, es evidente que sin la precaución de nuestros muleteros, que engañaron a sus dueños sobre la hora de nuestra partida, esos matones nos hubieran preparado alguna emboscada en el camino que debíamos seguir. Así, la primera condición para viajar en este país con alguna seguridad, es conseguir guías honestos. Los nuestros habían tenido el cuidado de hablar sin afectación delante de los dueños sobre la dificultad que tendríamos al día siguiente para cubrir nuestra

etapa. Fatigados como estábamos, decían, y no habiendo podido llegar a la guarida de Vejer sino muy entrada la noche, no estaríamos en situación de partir antes de salir el sol, incluso, añadieron, no haríamos más que una media jornada. Con estos argumentos y otros del mismo género, sostenidos hábilmente, sin ninguna intención aparente, mezclados con bufonadas y chanzas al uso, -sabido es que los españoles son grandes comediantes- nuestras gentes lograron engañar la vigilancia de nuestros guardianes, que por otra parte estaban en esos momentos preocupados porque la vida de su padre dependía de un proceso que se juzga en Vejer, sobre la montaña vecina. El resultado de ese proceso será muy probablemente la ejecución del padre de familia en el patio mismo de la Venta, con aquellos de su banda que fueron detenidos. Ese jefe de bandidos vendría a morir como un héroe ante su mujer y sus hijos. ¡Qué tragedia doméstica! ¡Cuánta energía perdida en los individuos que forman parte de una sociedad mal gobernada! Pero también ¡qué fuerza de carácter tienen que desplegar esos hombres para poder vivir!.

Nos había costado bastante trabajo recorrer las últimas leguas del camino que conduce desde Chiclana a esa guarida trágica. El sendero estaba casi borrado y serpenteaba indeciso sobre pendientes surcadas por las lluvias; estas tierras empapadas durante el invierno apenas guardan el resto del año las huellas de los caminos que las atraviesan. Se camina al azar a lo largo de los precipicios y se cambia de dirección a cada instante. La noche era negra; como la sombra engrandece todo, hacía aparecer los barrancos más profundos; yo creía a cada paso escuchar a uno de nuestros caballos o de nuestros hombres rodar hacia el abismo. En fin, al entrar a las once de la noche en la horrible guarida que nos esperaba creí haber escapado al mayor peligro de nuestro viaje. Bien pronto, el aspecto de sus habitantes me probó que me engañaba.

Hace un mes había yo encontrado en Madrid a un inglés que acababa de ser robado y maltratado sobre esa misma ruta, que él hacía en la dirección opuesta: venía de Tarifa a Vejer. Pero había tenido la imprudencia de dejar ver algunos objetos preciosos a las gentes del alber-

gue de Tarifa; además, había dicho la ruta que él quería seguir y la hora de su partida. Finalmente se puso en camino con su guía. Después de tales errores, nadie aquí se lamentó por él, antes bien le reprobaron por haberse voluntariamente expuesto a una desventura deshonrosa para el país. En cuanto a lo que él ha sufrido no sabemos casi nada.

Desde que yo existo he visto siempre a los robados más inculpados que a los ladrones.

Catorce bribones, armados solamente con largos palos de los que se sirven a la manera de los andaluces, habían estado esperando a ese inglés a poca distancia de Tarifa, en un camino hondo. Los tres primeros le golpearon con sus bastones uno tras otro, con tanta fuerza que al tercer golpe el desgraciado cayó del caballo; inmediatamente le despojaron de todo, incluso de los guantes. Estos malhechores no eran sino aficionados, lo que los españoles llaman rateros (1) o salteadores de caminos. Los verdaderos bandidos tienen un código de honor del que no prescinden jamás. Perderían su reputación ante los hombres que conocen el oficio si olvidaran las reglas de la etiqueta de los grandes caminos, como maltratar a un viajero que no se defiende. Con frecuencia arreglan con él el asunto del rescate. No obstante, el mismo José María (2), el jefe actual de la banda temida, acaba de matar al intendente de Tarifa, como ya os comuniqué antes de mi salida de Sevilla, cuando os envié la traducción del artículo de periódico que daba cuenta de este hecho sucedido hace apenas quince días, y es precisamente en el camino que acabamos de recorrer donde sucedió el crimen. El desgraciado intendente iba bien armado y bien acompañado; pero quedó muerto en la plaza.

Viajamos de manera que estuviésemos al abrigo de un ataque de campesinos, de un encuentro de rateros, puesto que somos siete, incluyendo nuestros dos multeros y disponemos de buenas armas. Pero si caemos en medio de la banda principal tendríamos que ceder. Desgraciadamente para nosotros está tan cerca de nosotros desde algún tiempo, que topar con ella tendría consecuencias graves. La exasperación de los bandidos contra la policía es

tal, que su rabia caería incluso sobre los viajeros más inofensivos.

Se ha puesto precio a la cabeza de José María (3), con el cual el rey de España no ha querido capitular (esta es la expresión usada por el posadero de Tarifa, en cuya casa nos alojamos, y que estaba aquí hace un momento mirándome escribir, o mejor, impidiéndome escribir, contándome lo que yo os repito). Después de la repulsa del rey, José María, que había creído poner condiciones, se consideró como un soberano ofendido; por su parte, el Gobierno hizo cercar por las tropas a este jefe de la banda; se le persiguió de montaña en montaña; él huyó a través del país como una fiera perseguida. Es una guerra, en la que el viajero paga los gastos de su bolsa y a veces de su cabeza.

Estas historias, y muchas otras que yo conozco demasiado imperfectamente para contároslas, deberían hacer desagradable nuestro viaje; sin embargo, puedo aseguráros que no me sucede jamás que me ocupe de un peligro sino cuando ya ha pasado. En la posada, yo agradecí a Dios el haberme dejado llegar sin accidente; a veces pienso con ansiedad en los peligros de mañana; pero tan pronto como ya monto el caballo toda inquietud cesa. Caigo entonces en una seguridad tan grande, que llego al descuido; pero no puedo persuadirme de que mi destino sea perecer en la carretera. Siento que es en otra parte donde soy esperado. Esta confianza no significa valor; más bien es superstición, lo que no tiene nada que ver con la bravura. No soy bastante joven para amar el peligro sin gloria: lo amaría y si me causase aún miedo, si me inquietara fuertemente como otras veces; pero ahora me deja tranquilo: no tiene ya para mí más que inconvenientes. Mi seguridad ante el peligro tiene un defecto: se debe a mi imprevisión, de ninguna manera a mi energía.

Al llegar a las once de la noche a la Venta de Vejer habíamos encontrado allí a un viajero que se sentía enfermo, y que nos pidió con ansiedad que le permitiéramos unirse a nosotros al día siguiente, a él y a su multero, para hacer juntos la temible ruta de Tarifa. Era un español joven que hablaba francés. Parecía abrumado de can-



Custine en 1896, en Roma (acuarela de la Condesa de Menou)

sancio y de sufrimiento; su mulatero era tan discreto que su silencio resultaba sospechoso. Accedimos, sin embargo, sin dudarlo, a lo que nos pedía. Al día siguiente, mientras hacía el camino con nosotros, hubo un momento en que se sintió muy mal de fatiga cuando llegamos delante de una casa donde nos detuvimos para que descansaran nuestros caballos. Cuando él dejó su larga montura andaluza estaba tan caído que no podía tenerse ni de pie ni sentado. "E" (4) se acercó a reconfortarle cordialmente, y le ofreció una taza de té que encontró el medio de prepararle en ese desierto. Desde ese momento nos detuvimos varias veces en el camino para darle el tiempo de curar sus llagas. Tenía el interior de las rodillas desollado, lo que sin duda se debía a la poca costumbre que parecía tener de montar a caballo, tanto como a la longitud del viaje. Su rostro estaba descompuesto, pero ese desorden parecía producto de las emociones interiores más que de la fatiga del cuerpo.

Viendo a un español errar así casi solo por esos terribles parajes, nos figuramos que era perseguido por algún delito político, y que intentaba llegar a Gibraltar embarcándose en una playa desierta, a fin de huir de España con la ayuda de un marinero fiel al partido liberal, o más bien a hombres que pagan tanto más porque están en peligro. A los ojos del campesino andaluz, los revolucionarios proscritos no son sino una nueva especie de bandidos: la policía los persigue, hablan contra el gobierno y prometen la fortuna a quienes les sirven. No hicimos ninguna pregunta a nuestro desconocido, fuimos discretos; así éramos prudentes, pues todo puede tener consecuencias, todo puede ser un lazo en el tiempo y en el país en que vivimos.

Las contradicciones del lenguaje de este joven, el aire preocupado y desconfiado de su guía, confirmaban nuestras sospechas. Ese misterioso viajero tenía rasgos bastante bellos, pero su fisonomía no inspiraba la confianza. Se quejaba a veces del gobierno de su país; fugitivo de su tierra natal, nos decía que un español no puede ya vivir en España, y que iba a partir para Francia, hoy la única patria de los hombres que piensan; después, retomando y entrando torpemente en su papel, se decía asociado con

una casa de comercio establecida en Gibraltar, adonde se encaminaba -nos decía- a fin de dirigir los negocios.

Llegados al mismo tiempo que nosotros a Tarifa, nos agradeció por haberle permitido unirse a nuestra caravana durante el camino que acabábamos de hacer juntos. Añadió que él partía al día siguiente para Algeciras y Gibraltar, repitiendo con afectación varias veces que su pasaporte estaba en regla. Me sorprendió el tono significativo que adoptaba para instruirnos de una circunstancia tan poco interesante para nosotros y pensé enseguida que el desgraciado no poseía pasaporte. No me dió tiempo de hacerle la menor pregunta directa o indirecta, y desapareció, con gran escándalo de nuestro posadero, sin poner pie en el suelo de la posada, al tiempo que nosotros entrábamos en ella. Una hora después de su desaparición, el posadero extrañado de aquel desdén, me dijo que el viajero, tan fatigado, acababa sin embargo de dejar la villa por el camino de Algeciras, después de haber pedido un helado en un café y sin decir una palabra a nadie. Tanta precipitación, a pesar del aire de sufrimiento que ofrecía el pobre joven, me pareció sospechosa. Yo no puedo olvidar el recuerdo que me dejó su rostro pálido y derrotado. Esta fisonomía meridional, donde todas las pasiones, sobre todo las pasiones vengativas se agravan tan enérgicamente, está siempre ante mis ojos; siento vergüenza recorrer para mi placer un país adonde viajan por necesidad hombres tan desgraciados, y pierdo el instinto de curiosidad que me anima ordinariamente en los países extranjeros. Si hubiera podido ser útil al proscrito estaría contento de haberle encontrado, pero no le he podido hacer ningún bien, y él me ha hecho daño. Hubiera preferido que hubiese dirigido su fuga en otra parte. Un viajero pintor y un viajero político, son dos hombres demasiado diferentes para seguir largo tiempo la misma ruta.

Tarifa no tiene de notable más que su nombre y su perspectiva; es mucho. Acabo de visitar los restos del castillo morisco, probablemente aquel donde Guzmán el Bueno supo la muerte de su hijo, al que venía de sacrificar él mismo a los deberes de un leal caballero. Os he hablado de este rasgo después de la visita que hice a la tum-

ba de Guzmán, cerca de Sevilla.' Ese sobrenombre de Bueno, que su rey le permitió llevar, nos permite medir la exageración progresiva que siglos de vanidad han aportado a las lenguas modernas. Un hombre de nuestros días que sacrifica la vida de su único hijo a la libertad de su país, sería calificado de ser sobrenatural, sublime, heroico. En los tiempos de Guzmán, bueno quería decir todo eso; en la juventud de las lenguas las palabras tienen un valor del que cada siglo les hace perder algo; ahora necesitamos tomar la palanca de Arquímedes por medida cuando queremos otorgar el menor elogio al mérito.

Los muros de Tarifa son de arquitectura morisca, sus almenas, sus colores dan a la villa un aspecto completamente romántico, acorde con los campos de alrededor.

Yo no sabría expresar la variedad de plantas y arbustos que son el ornamento de los desiertos que acabamos de atravesar. Las mañanas de los días más ardientes son frescas y brillantes en estas soledades. El rocío es un hilo de diamantes extendido sobre los zarzales; es una lluvia de perfumes caída sobre arbustos de adelfas y rododendros. Estábamos deslumbrados ante este adorno matinal... ¡Hermosear con flores es una gloria que sólo pertenece a la aurora! En este momento cada planta es una piedra preciosa, cada árbol un esplendor de cristal; y los bosques enteros brillan como palacios iluminados.

Aquí los grandes vegetales son el alcornoque y la encina. He visto también algunos olivares esparcidos sobre las laderas de los montes; las especies de flores son innumerables; admiro sobre todo los arbustos de adelfas, de una grandeza y una belleza desconocidas fuera de aquí. Hemos visto bajo esos arbustos algunas víboras y lagartos muy gruesos. Y hemos tenido alguna dificultad para atravesar un pantano de algunas leguas, cortado de hoyos bastante incómodos para los caballos.

En la Venta aislada donde hicimos alto para comer con nuestro desconocido, después de haber abandonado Vejer en la noche, no encontramos ni agua, ni pan, ni huevos. Esta mísera Venta está situada sobre un cerro solitario, a alguna distancia del pantano. El aire debe ser allí malsano; es un inconveniente que sufren, sin conocerlo,

los ignorantes habitantes de la zona. Las dificultades e incomodidades del camino nos hicieron encontrar la posada de Tarifa como un lugar de delicias. Beber agua fresca y dormir sin ser comido por los bichos, he aquí todo el lujo al cual aspirábamos y que nos falta por casi todas partes.

Toda persona para la cual los placeres de la imaginación no son los primeros, no debe hacer en España otros viajes que los de los coches públicos, y no hacerlos sino por necesidad.

Si el aspecto de la villa de Tarifa es morisco, las costumbres de los habitantes recuerdan también los usos de los pueblos de África o más bien del Oriente, puesto que los árabes vinieron de Asia.

Las mujeres de Tarifa ocultan todavía su rostro, como las musulmanas. De todos sus rasgos, sólo muestran un ojo; hablo de las españolas. Para este efecto, llevan dos faldas negras: una cae como todas las faldas, la otra asciende por encima de la cabeza. Esta manera de vestirse es muy pintoresca, y recuerda las pequeñas estatuas representando a las sicilianas envueltas en su manto.. He visto algunas en Nápoles o en los alrededores de Palermo. Se modelan en Calta Girone, villa de Sicilia desconocida en el resto de Europa. El artista que las hace es igualmente desconocido, pero lleno de originalidad, de sentimiento, de espíritu y de talento.

Todos los domingos se dejan pasear en libertad toros por las calles de Tarifa; cuando estos animales son demasiado salvajes, un hombre a caballo los sujeta desde lejos con una cuerda; pero la cuerda puede romperse, o el animal irritado revolverse contra su conductor. Entonces se produce una confusión y brota un ruido que hace la alegría de los habitantes, y entonces se mueven por la menor cosa. Cada uno intenta excitar al toro y dejar a su vecino exponerse al peligro que él mismo ha provocado. En este juego, las mujeres son más apasionadas que los hombres. Estas dulces criaturas, cuando miran pasar al toro por la ventana de su piso bajo, rechazan con alfilerazos, y dan gritos y estallidos de risa salvaje, a los desgraciados cobardes o heridos que escapan encaramándose a los barrotes de esas prisiones, honradas por cortesía con el título de

casas. Hay fugitivos forzados, a golpes de alfilerazos o de pequeños estiletes, a volver a caer a la calle, donde entonces sí que corren peligros reales. Sus fatigas, sus angustias sólo provocan la risa pública. Yo no sé si las heridas graves bastarán para detener el ímpetu de esa bárbara alegría; los accidentes no faltan en estos bacanales; sin embargo, nadie piensa en prohibir un divertimento tan salvaje. Ese placer no tiene la majestad de la fiesta de los toros, no exige el mismo talento, aunque sea también cruel. Pienso que los viejos y las gentes temerosas no saldrán de sus casas en Tarifa los días de los paseos de los toros.

Uno de los grandes placeres de los bromistas andaluces es anunciar la llegada del toro por el lado donde no es esperado. Entonces la gente se ríe con fuerza de la huida inútil de los más inexperimentados. Desgraciados los cobardes, los débiles, los torpes, los viejos y todos los que habitan en esta villa, no la mujer apasionada o el joven andaluz vigoroso. En los momentos corrientes se aburren, los días de los paseos de los toros ¡se matan! ¡Singular villa!

El pueblo de Tarifa me parece en general bastante bello, a pesar de la tez morena y la suciedad de los hombres. No hablo de las mujeres. Apenas puede juzgarse de su belleza, porque sería necesario entrar en el interior de sus casas para verlas. Pese a la regularidad de los rasgos de los hombres, encuentro en su fisonomía una expresión de

dureza, de malicia, e incluso de ferocidad muy desagradable. En una palabra, Tarifa me parece uno de los lugares más tristes y más curiosos de España. Curioso, no por sus monumentos, sino por su lugar, por sus recuerdos, por el aspecto y por las costumbres de sus habitantes, que son recuerdos vivos.

Cada vez que, al atravesar una de las calles desiertas de esta villa medio abandonada, escucho resonar el sonido elegante de una guitarra, me detengo, asombrado de que en un lugar tan melancólico se escuchen acordes tan finos, melodías tan vivas. Si es el amor lo que inspira las modulaciones de esa música, se puede vivir aún en Tarifa.

La manera fácil, descuidada y sin embargo animada como se toca la guitarra en España, tiene un encanto que me parece completamente nuevo. Hay gracia en todo placer que parece no costar nada. ¡Parece tan fácil tocar la guitarra española! Parece como si se desdeñase el instrumento, pero confiándole el secreto de su corazón. La mano que toca parece decirle, a cada sonido que ella saca de él: Vete, me sirvo de ti porque tú estás ahí; pero yo no tengo nada que hacer, no eres tú en quien pienso, y a falta de ti, un tambor, un trozo de madera me sería suficiente para expresar lo poco que te hago decir. Esta música desdeñosa me parece de una elegancia encantadora. ¡Si yo fuera español el sonido de una guitarra me serviría para expresar la enfermedad del país!